

JUAN CÁRDENAS
Elástico de sombra

narrativa sex topiso



Elástico de sombra

Elástico de sombra
JUAN CÁRDENAS



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © JUAN CÁRDENAS, 2019
c/o INDENT LITERARY AGENCY
www.indentagency.com

Primera edición: 2020

Imagen de portada
Candome de carnaval, PEDRO FIGARI (1861-1938), c. 1932,
óleo sobre cartón (32 x 38,5 cm). MUSEO DE BELLAS ARTES, Buenos Aires

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2020
América 109,
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN CALLEGO

Formación
GRAFIME

Impresión
COFÁS

ISBN: 978-84-17517-52-6
Depósito legal: M-32766-2019

Impreso en España

NOTA LIMINAR

Todas las historias incluidas en esta breve novela fueron recogidas en la zona norte del departamento del Cauca y el valle del río Patía, al suroccidente de Colombia, en el transcurso de mis investigaciones con el Instituto Caro y Cuervo sobre la esgrima de machete, también conocida como «grima», un arte marcial negro de origen incierto —actualmente en una fase vestigial o de ruina—. Mis principales interlocutores fueron los maestros Héctor Elías Sandoval y Miguel Lourido, macheteros de la Academia de Esgrima de Machete de Puerto Tejada, a quienes dedico este libro.

Agradezco asimismo a la profesora Paloma Muñoz Nández, de la Universidad del Cauca, cuyas investigaciones sobre los violines negros del Patía fueron una inspiración y una guía para mi trabajo.

Con este libro espero contribuir a la memoria y el presente de las luchas negras de toda América, además de ofrecer herramientas para el que sin duda es el proyecto más urgente de la cultura universal, a saber, la aniquilación definitiva del Hombre Blanco.

UNO

Los dos maestros sudaban aguapanela hirviendo, apenas protegidos por las latas agujereadas del paradero de buses. Llevaban más de una hora esperando y don Sando, el anciano maestro, maestro de maestros, empezó a pensar que el sol ya estaba con ganas de hornearlos, de quemarles hasta el último concho de manteca humana y dejarlos convertidos en dos carboncitos secos. Miguel, su veterano alumno, el contra maestro, como se les suele llamar en buena jerga machetera, se abanicaba con una cachucha blanca. Era casi mediodía y el viento estaba guardado en su cueva: don Sando sabía por experiencia que el viento tiene la casa en una cueva de los Farallones y hay gente osada —gente atembada también— que hasta se ha ido a buscar la casa del viento y no se ha vuelto a saber de ella, porque el viento agarra a esa gente, le dice cosas al oído y la enloquece. Luego se la lleva para su cueva y allá adentro se la come y no deja ni los huesos. El viento debía de estar comiendo mucha gente en su cueva porque esa mañana no había bajado al valle ni un solo ratico y los cañaduzales se miraban tiesos, mudos, como soldados al acecho, a punto de invadir un país. Ésa fue la ocurrencia de don Sando, acosado por un calor que no era normal. Un calor del fin de los tiempos.

Una seguidilla de volquetas cargadas de materiales de construcción dejó a su paso una nube de polvo gris y espeso que envolvió a los dos maestros durante largos segundos.

Hubo toses, protestas, Miguel se permitió un hijueputazo y don Sando..., don Sando seguía pensando en el viento, en cómo al viento le cambia el carácter según baja de la montaña, porque acá en el valle se vuelve manso, dulce, buen conversador y hasta con dotes de sabio. Se lo extraña cuando no baja, señor Viento, dijo don Sando entre dientes para que Miguel no alcanzara a escucharlo. Igual Miguel no estaba prestando atención porque seguía sacudiéndose el polvo.

Este don Viento sí es cosa seria, pensó don Sando. A veces de puro travieso baja muy rápido, sobre todo por las noches, y si lo agarra a uno mal parado se le mete en el puro ñervo tendónoso y provoca agarrotamientos que duran hasta una semana. A don Apolino vino un día y le pegó tal juetazo que le paralizó la cara de por vida, vaya a saber por qué se ensañó así con él. Yo a veces creo que fue por envidia, ¿no ve que don Apolino era buen mozo? Cómo no, y el Viento, dicen los que lo han visto, tiene una cara muy fea, como de trompetista, siempre con los cachetes inflados de huesos triturados y la frente arrugada por el esfuerzo perpetuo de ser quien es.

Don Sando se había enfrentado a don Apolino en cuatro ocasiones y, aunque había logrado vencerlo en todas, no tenía un buen recuerdo de esos combates. Don Apolino era mañoso, además de gran machetero y por ahí decían que tenía su secreto, aunque no se sabía muy bien en qué consistía ese secreto, pues al fin y al cabo secreto es secreto. Algunos hablaban de pactos con entidades

maléficas, de brujas, pero don Sando sabía que la mitad de todo secreto son rumores que el propio machetero pone a circular como plata falsa. De cualquier forma, en esos cuatro combates, don Sando se impuso con pujanza, tirando de todo su repertorio, apelando a toda su astucia. No es fácil porfiar con un machetero que tiene la cara paralizada, porque los gestos que se pintan en un rostro son como un pizarrón donde se van escribiendo los movimientos futuros del rival. Ojo y más ojo, repetía don Sando a sus alumnos. Visual y más visual. El que juega es el ojo y es el ojo el que lee.

Don Sando pensó entonces que quizá el Viento le había propinado su juetazo paralizante a don Apolino para ponerlo a prueba, para enseñarle algo y hacerle ganar nuevas destrezas. Oiga, don Viento, ¿no será que usted es mi aliado, mi profesor?, volvió a muscurrullar don Sando. El viejo machetero alcanzó a morder sus palabras por la cola cuando trataban de salir volando de su boca.

Esta vez Miguel sí oyó un bisbís pero supuso que su maestro estaría rezando o maldiciendo.

Don Sando sacó la cabeza de todo ese ventarrón de pensamientos y miró a Miguel para preguntarle si se sabía algo del pisco. No, maestro, yo le mandé un guasap hace rato, pero me dejó en visto, informó Miguel.

El pisco al que se referían era un tal Cero, escritor blanquito, así medio cafeconleche, que vivía con el hocico metido en cosas de negros, lo que molestaba a algunos estudiosos que lo acusaban de ladrón y apropiadorcista de lo ajeno. Los maestros lo estaban esperando allí, en ese paradero ardiente, perdido en medio de una carretera secundaria, por disposición de don Sando. De hecho, las palabras del viejo a la hora de dar las instrucciones habían

sido claras y precisas, así y asá, hasta el código de vestimenta, todos de blanco de la cabeza a los pies, rematando con una frase que ya se había vuelto sonsonete: Hay que seguir la voluntad de don Luis.

Lo que no había contemplado don Sando era la posibilidad de que Cero, encargado de recogerlos en una camioneta prestada para hacer el viaje, se hubiera perdido en alguno de los muchos cruces de caminos arrojados como maldiciones por todo ese valle endemoniado. Ay, los cruces de caminos, pensó don Sando... No sé cuáles son peores, si los que cortan en X o los que cortan en Y... En todos he tenido mis aventuras y desventuras.

A punto estaba el maestro de recordar algo importante sobre los cruces de caminos, cuando sintió que una brisa suave y fresca le acariciaba la cumbamba como hacen las mamás con sus quicatos. Ironías del viento, se sonrió para adentro don Sando, dándole la bienvenida a su compañero, que empezó a sacudir alegremente los cañaduzales y a montar su bullojería de todas las tardes.

Al ratico llegó también Cero en su camioneta de color negro. Porque don Sando había sido especificante hasta en eso: No me vaya a venir ni en carro blanco ni en carro café, mucho menos amarillo, si no, no podemos viajar. Así se lo había dicho a Cero, que se arrimó al paradero pidiendo disculpas por la demora y luego se bajó para ayudarles a los dos maestros a subir un equipaje más bien escaso: dos mochilas medianas, otros dos morralitos de lana y un estuche de cuero donde cargaban los machetes y los bordones de madera de guásimo. Cero notó que el maestro cargaba también una chuspa plástica de la que no quiso desprenderse cuando Miguel y él le ofrecieron ayuda para subirse al carro.